

EL PUSHER

JOHN VARLEY

Las cosas cambian. Ian Haise ya se lo había esperado. Pese a ello, hay ciertas constantes dictadas por la función y el uso: Ian intentaba guiarse por ellas, y se aproximaba con bastante frecuencia.

El parque infantil no se parecía demasiado a los que él había conocido cuando era niño. Pero los parques se hacían para entretener a los niños. Siempre había algo donde nadar, algo en que deslizarse, algo a lo que trepar. Aquí había todo eso y mucho más. Una zona estaba repleta de árboles. Había una piscina. Los aparatos inmóviles se combinaban con deslumbrantes figuras luminosas que parecían entrar y salir alternativamente de la realidad. También había animales: elefantes y rinocerontes diminutos, gacelas no más altas que una rodilla.

Aunque su amable tranquilidad parecía un poco superficial.

Pero, ante todo, en el parque infantil había niños.

A Ian le gustaban los niños.

Se sentó a la sombra en un banco junto a los árboles y los observó. Los había de todos los colores y tamaños y de ambos sexos. Algunos eran negros y vivaces como habichuelas de regaliz, otros blancos como conejitos, o morenos con el cabello rizado y había otros aún más morenos y con ojos rasgados y el cabello negro y lacio. Algunos habían sido blancos pero ahora estaban tostados, aún más morenos que algunos de los morenos.

Ian se concentró en las niñas. Otras veces lo había intentado con los niños hacía ya mucho tiempo, pero no había dado resultado.

Durante un rato se fijó en una niña negra, tratando de calcular su edad. Pensó que tendría ocho o diez años. Demasiado joven. Otra debía de tener cerca de trece años, a juzgar por su blusa. Era una posibilidad, pero hubiera preferido alguna más joven. Algo menos sofisticada, menos sospechosa.

Finalmente encontró a la niña que buscaba. Era morena, pero con un sorprendente cabello rubio. ¿Diez años? Probablemente once. Sin lugar a dudas, era lo bastante joven.

Se concentró en ella, e hizo esa extraña cosa que solía hacer cuando había seleccionado a la persona adecuada. No sabía qué era pero casi siempre daba resultado. Quizá lo importante era mirarla, manteniendo sus ojos fijos en ella sin que importara dónde iba o qué hacía, sin dejar que su concentración se distrajera por nada. Y, claro está, al cabo de unos pocos minutos, ella levantó la cabeza, miró a su alrededor y sus ojos se quedaron fijos en él. Mantuvo la mirada por un momento y luego volvió a sus juegos.

Se relajó. Posiblemente en lo que había hecho no había nada de particular. Había comprobado con las mujeres adultas que si uno las miraba de esta manera, fijamente, solían levantar la vista de lo que estuvieran haciendo y le localizaban. Nunca fallaba. Hablando con otros hombres, había comprobado que se trataba de una experiencia común. Era como si ellas pudieran notar su mirada. Las mujeres le habían dicho que era una tontería o que, en todo caso, se trataría de una reacción a ciertas cosas apreciadas de manera superficial por gente entrenada para ponerse alerta ante señales de tipo sexual. Simplemente una observación inconsciente que penetraba en la consciencia: nada que fuera tan misterioso como la percepción extra sensorial.

Quizá. En cualquier caso, Ian era realmente hábil en este tipo de contacto visual. Varias veces había notado que las muchachas se rascaban la nuca mientras él las observaba, o alzaban sus hombros. Quizá habían desarrollado un cierto tipo de percepción extra sensorial y, sencillamente, no lo reconocían como tal.

En este caso no había hecho más que mirarla... Reía y cada vez que levantaba la cabeza para mirarle —lo que hizo con frecuencia creciente— veía a un hombre sonriente, de pelo algo canoso, con una nariz torcida y hombros poderosos. Sus manos, también fuertes, estaban cruzadas sobre su regazo.

Ahora ella comenzaba a caminar distraídamente en dirección a él.

Nadie que la observara hubiera pensado que estaba yendo hacia él. Probablemente ni ella misma lo sabía. Durante el trayecto encontró varias excusas para detenerse y dar una voltereta, saltar en las suaves esferas de caucho o perseguir una estruendosa bandada de ocas. Pero se dirigía hacia allí y acabaría sentada junto a él en el banco del parque.

Él echó un rápido vistazo a su alrededor. Como antes, había pocos adultos en este parque infantil. Le había sorprendido. Por lo visto la situación había cambiado y las nuevas técnicas de acondicionamiento habían reducido el número de personas violentas, y ahora los padres se sentían más seguros y consentían que sus hijos jugaran sin supervisión. Los adultos que se encontraban presentes estaban ocupados entre sí. Ni uno solo le había mirado por segunda vez desde que llegara.

Eso era bueno para Ian. Y facilitaba considerablemente sus planes. Tenía excusas preparadas, pero aun así hubiera sido algo embarazoso afrontar las preguntas que los representantes de la ley hacían a los solterones que deambulaban por los solitarios parques infantiles.

Por un momento, sintió verdadera curiosidad por saber cómo podían sentirse tan seguros los padres de esos niños, incluso con el acondicionamiento mental. Después de todo nadie era acondicionado hasta que hubiera hecho algo. Presumiblemente, cada día debían surgir nuevos maníacos. En general, se parecían a todos los demás, hasta que con algún acto marcaban la diferencia.

«Alguien debería darle a esos padres una lección», pensó.

—¿Quién eres?

Ian frunció el ceño. Viéndola de cerca le pareció que no podía tener once años. Quizá ni siquiera diez. Puede que tan sólo tuviera ocho. ¿Serían suficientes ocho años? Sopesó la idea con su precaución habitual, mirando a su alrededor en busca de unos ojos curiosos. No vio ninguno.

—Mi nombre es Ian. ¿Cuál es el tuyo?

—No. No tu *nombre*. ¿Quién eres?

—¿Te refieres a qué hago?

—Sí.

—Soy un *pusher* ¹.

Ella lo pensó un momento, luego sonrió. Llevaba los dientes coronados por un pequeño corrector.

—¿Distribuyes droga?

Él rió.

—Bravo —dijo—. Debes haber leído mucho.

Ella no dijo nada, pero su actitud demostró que estaba a gusto.

—No —dijo él—. Eso es lo que hacían antes los *pushers*. Yo hago otras cosas. Pero tú ya lo sabes. ¿No es cierto?

—Cuando él rió, ella lanzó pequeñas risitas.

Estaba haciendo con sus manos esa serie de cosas sin sentido que suelen hacer las niñas pequeñas. Él pensó que la niña sabía muy bien lo lista que era, pero todavía no había llegado ningún indicio sobre su oculto potencial erótico. Era una semilla madura con la sexualidad a punto de brotar a la superficie. Su cuerpo era un huesudo esbozo, un armazón sobre el que construir un cuerpo de mujer.

—¿Qué edad tienes? —preguntó él.

—Es un secreto. ¿Qué le sucedió a tu nariz?

—Me la rompí hace mucho tiempo. Apuesto a que tienes doce años.

Ella rió, después asintió con la cabeza. Once, entonces. Y quizá ni eso.

—¿Quieres un caramelo?

Buscó en su bolsillo y sacó una bolsa de papel con franjas rosas y blancas.

—Mi madre dice que no acepte caramelos de gente desconocida —replicó ella sacudiendo la cabeza con solemnidad.

—Pero no somos extraños. Soy Ian, el *pusher*.

Ella pensó con detenimiento. Mientras dudaba, él metió la mano en la bolsa y sacó un caramelo de chocolate, tan grueso y empalagoso que resultaba casi obsceno. Se lo metió en la boca y se forzó a masticar. Odiaba los dulces.

—De acuerdo —dijo ella.

Y alargó la mano hacia la bolsa. Él la apartó. Ella le miró con cierta ingenuidad y sorpresa.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —dijo él—. No conozco tu nombre. Y por eso soy un desconocido.

Ella entró inmediatamente en el juego al ver el guiño que le hacía; él lo había practicado bastante. Era un buen guiño.

—Me llamo Radiante... Radiante Estrella Brillante Smith.

—Un nombre realmente de fantasía —dijo él, pensando en cómo habían cambiado los nombres—, para una chica realmente bonita. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. No, creo que no. Tú eres Radiante Estrella. La capitana Radiante Estrella, de la Patrulla Estelar.

Ella dudó un momento. Él se preguntó si se había equivocado al juzgarla. Quizá era realmente la señorita Radiante Corazón Bello o la señora Radiante Maternidad. Pero sus uñas estaban un poco demasiado sucias para eso.

Ella le apuntó con un dedo y emitió un sonido a lo Pato Donald, mientras su pulgar se movía arriba y abajo. Él se puso la mano en el corazón y cayó sobre la acera, mientras ella estallaba en risas. Sin embargo, procuraba mantener su arma firmemente apuntada hacia él.

Y será mejor que me des ese caramelo o te disparo otra vez.

El parque infantil estaba ahora más oscuro y no tan concurrido. Ella se sentó a su lado, en el banco, balanceando las piernas. Sus pies desnudos apenas tocaban el suelo.

Iba a ser muy bonita. Lo vio claramente en su rostro. Y en cuanto a su cuerpo..., ¿quién podía decirlo?

Aunque tampoco le importaba.

Iba vestida con un poco de esto y un poco de aquello, cubierta aquí y allá sin muchas contemplaciones, según el criterio que él tenía de la modestia. La mayoría de los niños no llevaban nada. Al principio le había resultado casi chocante. Ahora ya se había acostumbrado, pero seguía pensando que era una imprudencia por parte de los padres. ¿Pensaban realmente que el mundo era tan seguro como para que una niña de once años pudiera ir prácticamente desnuda por un lugar público?

Siguió sentado allí, escuchando el parloteo sobre sus amigos —aquellos a los que odiaba y uno o dos a los que simplemente adoraba—, con sólo un pequeña parte de su atención.

Insertó los «¡umm!» y los «¡a-já!» en los lugares adecuados.

Era lista, no se podía negar. Parecía tan dulce como correspondía a una niña de su edad, es decir que podía ser tan dulce y tan venenosa como una serpiente de cascabel. Se preocupaba principalmente de sí misma. Su lealtad sería una cosa transitoria, la otorgaba con la misma facilidad con que la olvidaba.

Y, ¿por qué no? Era joven. Y era muy normal que fuese de esta manera. Pero, ¿se arriesgaría a tocarla?

Qué estupidez. Estaba loco, como le habían dicho siempre. Casi nunca salía bien. ¿Por qué tenía que resultar con ella? Sintió el peso de la derrota.

—¿Estás bien?

—¿Cómo, yo? Oh, seguro. Estoy perfectamente bien. ¿No se va a preocupar tu madre por ti?

—No tengo que volver a casa hasta dentro de un montón de horas. —Por un momento ella pareció tan mayor que casi creyó la mentira.

—Muy bien. Me estoy cansando de estar aquí sentado. Y los caramelos se han terminado ya. —Miró su cara. La mayor parte del chocolate había acabado en un gran círculo en torno a su boca, excepto donde ella se había limpiado delicadamente con el hombro y el antebrazo—. ¿Qué hay aquí detrás?

—¿Eso? Es la piscina.

—¿Por qué no vamos hacia allí? Te contaré una historia.

La promesa de la historia no fue suficiente para mantenerla fuera del agua. Él no sabía si aquello era bueno o malo. Sabía que era lista, que había leído y que tenía imaginación. Pero también era activa. Esta *puller*² era demasiado fuerte para él. Se sentó lejos del agua, bajo unos arbustos, y la contempló nadar con los otros tres niños que seguían aún en el parque, con el atardecer tocando a su fin.

Quizá volvería con él, quizá no. En cualquier caso, su vida no cambiaría, pero sí podía cambiar la de ella.

Surgió goteando e infinitamente más limpia del agua turbia. Se puso nuevamente su pobre indumentaria y volvió hacia él, temblando.

—Tengo frío —dijo ella.

—Aquí.

Se sacó la chaqueta. Ella miró sus manos mientras la arropaba y poniéndose de puntillas, logró tocar sus duros hombros.

—Seguramente debes ser fuerte —comentó.

—Bastante fuerte. Trabajo duro, siendo un *pusher*.

—¿Qué es exactamente un *pusher*? —preguntó ella, ahogando un bostezo.

—Ven, siéntate y apóyate en mi regazo. Te lo contaré.

Se lo contó, y se trataba de una historia muy buena, que ningún niño con ansias de aventura podía resistir. Había practicado la historia, la había refinado, la había contado muchas veces ante una grabadora hasta que había alcanzado el ritmo y la cadencia correctos, hasta que encontró las palabras más adecuadas, palabras no muy difíciles, pero palabras que tuvieran algo de fuerza y fuego.

Y una vez más, se sintió animado. Ella estaba cansada cuando él comenzó, pero gradualmente fue captando su atención. Era posible que nadie le hubiera contado una historia de esa manera. Estaba acostumbrada a sentarse ante una pantalla mientras una historia se ofrecía a sus ojos y a sus oídos. Era algo nuevo poder interrumpir con preguntas que fueran respondidas por él. Incluso la lectura no era como esto. Se trataba de la tradición oral de contar cuentos y poder aún hipnotizar a la enésima generación de la era electrónica.

—Es fabuloso —dijo ella, cuando estuvo segura que había terminado.

—¿Te gustó?

—Muchísimo. Pienso que me gustaría ser *pusher* cuando sea mayor. Es una historia realmente ingeniosa.

—Pero no es la historia que iba a contarte. Era sólo para explicarte lo que es ser un *pusher*.

—¿Quieres decir que tienes otras historias?

—Claro que sí —miró su reloj—, pero me temo que se está haciendo tarde. Es casi de noche, y todos se han ido a casa. Probablemente tú también deberías irte.

Ella parecía angustiarse, como desgarrada entre lo que se suponía que debía hacer y lo que deseaba. Realmente no debería tener ninguna duda si ella era como él pensaba.

—Bueno..., pero volveré mañana por aquí y tú...

—Mi nave parte por la mañana —dijo sacudiendo la cabeza—. No hay tiempo.

—Entonces, ¡cuéntamela ahora! Puedo quedarme. Cuéntamela ahora. Por favor, por favor, por favor...

Él se resistió con timidez, dudó, protestó, pero al final hizo como si se dejase convencer. Se sintió muy bien. Sintió que la tenía como si fuera una trucha de dos kilos, pescada con una caña de diez kilos. No era muy deportivo. Pero esto no era un juego.

Así que acabó usando su truco especial.

Algunas veces había deseado poder contar una historia inventada por él, pero lo cierto era que no sabía crear historias. Acabó dejándolo. En lugar de eso, tomó retazos y plagió todos los cuentos de hadas e historias fantásticas que pudo encontrar. Si en algo era hábil, era en adaptar algunos de aquellos elementos

para que se adecuara al mundo de ella —aun manteniéndolos lo suficientemente extraños como para cautivarla— y modificar el final a su voluntad, personalizándolo.

Le contó un relato maravilloso. Había en él castillos encantados sobre montañas de cristal, húmedas cavernas submarinas, flotas de navíos estelares y resplandecientes jinetes montando caballos que volaban por la galaxia. Había extrañas y diabólicas criaturas junto a otras que eran bondadosas en extremo. Había pociones narcotizantes y grandes bestias que surgían rugiendo desde el hiperespacio para devorar planetas enteros.

Y entre toda aquella confusión cabalgaban el príncipe y la princesa. Pasan por peligros espantosos y logran salir de ellos ayudándose mutuamente.

La historia no era nunca la misma. Él miraba sus ojos. Cuando se distraían eliminaba partes enteras de la historia. Cuando se encendían sabía qué partes debía incluir más adelante. Adaptaba la historia a sus reacciones.

La niña empezaba a tener sueño. Tarde o temprano se rendiría. La necesitaba en estado de trance, ni despierta ni dormida. Entonces, acabaría la historia.

—Y a pesar que los doctores trabajaron mucho y bien, no lograron salvar a la princesa. Murió aquella noche, muy lejos de su príncipe.

La boca de ella formaba una o. Los cuentos no debían terminar de ese modo.

—¿Eso es todo? ¿Ella murió y nunca volvió a ver al príncipe?

—Bueno, no es realmente todo. Pero el resto probablemente no es cierto y no te lo voy a contar.

Ian se sintió agradablemente cansado. Su garganta estaba un poco irritada, haciendo que su voz sonara ronca. Radiante, ella reposaba cálidamente en su regazo.

—Tienes que contármelo, ya sabes —dijo ella en un susurro.

Supuso que estaba en lo cierto. Tomó aliento.

—De acuerdo. En el funeral estaban presentes todas las personalidades de aquella parte de la galaxia. Entre ellos estaba el mayor hechicero que nunca existió. Su nombre..., pero ahora no debo decirte su nombre. Estoy seguro que se enfadaría si te lo digo.

»El hechicero pasó al lado del féretro de la princesa..., quiero decir, el...

—Lo sé, lo sé, Ian. ¡Sigue!

—De repente frunció el ceño y se inclinó sobre la pálida figura. «¿Qué es esto? —Vociferó—. ¿Por qué no me lo habían dicho?» Todos estaban preocupados. Aquel hechicero era un hombre peligroso. Una vez, alguien le insultó y él lanzó un encantamiento que hizo volver las cabezas de todos hacia atrás, y tuvieron que andar con espejos retrovisores. Nadie sabía lo que podía hacer si se enfadaba de verdad.

»Esta princesa lleva la Piedra Estelar, dijo, y se levantó frunciendo el ceño como si estuviera rodeado de idiotas. Seguro que pensó eso, y quizá estaba en lo cierto. Pero al final se dignó a explicarles qué era la

Piedra Estelar y cuáles eran sus propiedades, por si no lo sabían. Y ésta es la parte de la que no estoy del todo seguro, pues aunque todos conocían al hechicero como un hombre sabio y poderoso, también era conocido como un gran embustero.

»Dijo que la Piedra Estelar era capaz de capturar la esencia de una persona en el momento de su muerte. Toda su inteligencia, todo su poder, todo su saber, belleza y fuerza fluirían hacia la piedra y se conservarían en ella eternamente.

—En hibernación —suspiró Radiante.

—Exactamente. Al oírle, todos se quedaron asombrados. Asaltaron al hechicero con preguntas a las que contestó de no muy buen humor. Finalmente, se marchó indignado. Cuando se hubo marchado, todos pasaron la noche comentando lo que había dicho. Algunos pensaron que el hechicero les había dado esperanzas para que la princesa pudiera volver a la vida. Si guardaban su cuerpo congelado, el príncipe podía, al regresar, devolverle de alguna manera su esencia conservada en la Piedra. Otros creyeron que según el hechicero eso era imposible, que la princesa estaba condenada a una vida latente, encerrada en la Piedra.

»Pero la opinión que prevaleció fue ésta:

»Probablemente la princesa nunca volvería a la vida. Pero su esencia podría fluir desde la Piedra Estelar hacia otra persona, si se lograba encontrar a la chica adecuada. Todos estuvieron de acuerdo en que esta chica debía ser una joven doncella. Debía ser muy bella, muy inteligente, de pies ligeros, cariñosa, amable... Oh, la lista era muy larga. Todos dudaban que se pudiera encontrar a una chica así. Muchos no quisieron ni buscarla.

»Pero finalmente se decidió que la Piedra Estelar sería entregada al más fiel amigo del príncipe. Éste buscaría por toda la galaxia a la doncella. Si existía, la encontraría.

»Por ello, el amigo partió con las bendiciones de muchos mundos sobre él, prometiendo encontrar a la doncella y entregarle su Piedra Estelar.

Se detuvo de nuevo, se aclaró la garganta y dejó crecer el silencio.

—¿Eso es todo? —dijo finalmente ella en un susurro.

—No del todo —admitió él—. Me temo que te he engañado.

—¿Engañarme?

Él abrió la parte delantera de su chaqueta, que estaba todavía sobre los hombros de la niña. Tocó al pasar su huesuda mejilla, y siguió hacia un bolsillo interior de la chaqueta. Sacó un cristal. Era una piedra ovalada con un lado plano, que centelleó con una luz color rubí desde la palma de su mano.

—Brilla —dijo ella, mirándola con la boca y los ojos abiertos.

—Sí, es cierto. Y eso quiere decir que tú eres la chica.

—¿Yo?

—Sí. Tómala.

—Se la entregó, y mientras lo hacía, la uña de su pulgar hizo una muesca en la piedra. Una luz rojiza se desparramó en su mano, fluyendo entre sus dedos, y tiñendo su piel. Cuando terminó, el cristal centelleaba todavía aunque débilmente. Las manos de la niña temblaban.

—Está muy, muy caliente —dijo.

—Esto es la esencia de la princesa.

—Y el príncipe, ¿sigue buscándola?

—Nadie lo sabe. Creo que sigue aún por ahí y que cualquier día volverá por ella.

—¿Y qué ocurrirá entonces?

Él no la miraba.

—No lo sé. Pienso que seguirá suspirando por la princesa, aunque tú seas encantadora y tengas la Piedra Estelar. Realmente la amaba mucho.

—Cuidaré de él —prometió ella.

—Puede que sirva de algo. Pero yo tengo un problema. No me siento con fuerzas para decirle al príncipe que ella está muerta. Aunque siento que la Piedra Estelar se lo hará saber algún día. Si llega y te encuentra... bueno, temo por él. Creo que debo llevar la Piedra a un lugar lejano de la galaxia, un lugar en el que nunca logre encontrarla. De este modo no llegará a saberlo. Puede que sea mejor así.

—Pero yo le ayudaré —dijo ella con la mayor seriedad—. Lo prometo. Le esperaré, y cuando llegue, ocuparé el lugar de la princesa. Ya lo verás.

Él la estudió. Quizá lo hiciera. Miró en sus ojos durante largo rato, y finalmente le dejó ver su satisfacción.

—Muy bien. Entonces puedes conservarla.

—Le esperaré —dijo—. Te lo prometo.

Ella estaba muy cansada, casi dormida.

—Ahora debes irte a casa —le susurró él.

—Si me acuesto un rato... —dijo ella.

—De acuerdo.

La levantó suavemente y la puso en el suelo boca abajo. Se quedó de pie mirándola, después se arrodilló junto a ella y acarició suavemente su frente. Ella abrió los ojos sin ningún tipo de recelo, y los volvió a cerrar. Él siguió acariciándola.

Veinte minutos más tarde, abandonó el parque infantil. Solo.

Después, siempre se sentía deprimido. Esta vez había sido peor de lo habitual. Ella había sido mucho más simpática de lo que imaginó en un primer momento. ¿Quién podía haber adivinado que debajo de toda aquella suciedad latiera un corazón tan romántico?

Encontró una cabina de teléfonos una manzana más adelante. Al teclear el nombre de ella en información, obtuvo un número de quince cifras, al que llamó. Al hacerlo mantuvo su mano cubriendo el objetivo de la cámara.

La cara de una mujer apareció en la pantalla.

—Su hija está en el parque infantil, hacia el sur, cerca de la piscina, bajo unos arbustos —dijo. Dio la dirección del parque.

—¿Estábamos tan preocupados! ¿Qué... está ella? ¿Quién es...?

Ian colgó y se alejó rápidamente.

La mayoría de los otros *pushers* pensaban que estaba enfermo. No es que eso importara, claro. Los *pushers* eran un grupo tolerante en lo que se refería a los otros *pushers*, y esa tolerancia era aún mayor en cuanto a lo que un *pusher* pudiera hacer con los *pullers*. Desearía no haber contado nunca a nadie lo que hacía en su tiempo libre, pero lo había hecho y ahora tenía que vivir aceptándolo.

Por lo tanto, aunque a ellos no les importara que se divirtiera manipulando piernas y brazos de los pequeños cachorros de *pullers*, acababan de regresar de un reposo en tierra y no podían dejar pasar una oportunidad para poner nerviosos a los demás. No tuvieron piedad.

—¿Cómo te ha ido esta vez con los columpios, Ian?

—¿Me trajiste esas bragas sucias que te pedí?

—¿Lo pasaste bien, cariño? ¿Jadeó y babeó?

—Mi niñita de diez años me hizo regresar a casa...

Ian lo soportó estoicamente. Resultaba de muy mal gusto y era lo peor del asunto, pero en realidad no le importaba. Se acabaría tan pronto como despegaran de nuevo. Ellos nunca comprenderían lo que estaba buscando, pero él los entendía. Odiaban volver a la Tierra. Ahí no había nada para ellos, y quizá deseaban que lo hubiera.

Y también él era un *pusher*. No le importaban los *pullers*. Estaba de acuerdo con lo que dijo Marian poco antes del despegue. Marian acababa de pasar su primera estancia en la Tierra tras su primer viaje. Precisamente por eso era la que estaba más borracha de todos.

—La gravedad es una mierda —dijo, y vomitó.

Se tardaban tres meses en llegar hasta Amity y tres más en regresar.

No tenía ni la más remota idea de su distancia en kilómetros; después del décimo o undécimo cero su mente se perdía.

Amity. Una ciudad de mierda. Ni siquiera salió de la nave. ¿Por qué preocuparse? El planeta estaba poblado por cosas que se parecían a excavadoras de diez toneladas, cargadas con montones de excrementos verdes. Los lavabos eran una idea revolucionaria para los amitas, igual que los helados, los sorbetes, los buñuelos azucarados y la menta. La instalación de sanitarios no había arraigado, pero sí los dulces e imaginativos postres de cada nación de la Tierra. Además traían una valija de correo alentador para la abandonada embajada humana. La carga para el viaje de retorno era un fango grisáceo que Ian pensó sería extremadamente valiosa para alguien de la Tierra y un paquete de correo desesperado que los hombres enviaban a casa. Ian no necesitaba leer las cartas para saber lo que decían. Todas podían resumirse en: «¡Sáquenme de aquí!».

Se sentó en el mirador y observó a una familia amita siguiendo pesada y cansinamente su camino a lo largo de la carretera del espaciopuerto. Se paraban muy a menudo para hacer algo que se parecía a un extraño coito comunal. La carretera era marrón, y a lo lejos se veían unas pequeñas colinas también marrones. Había una neblina marrón en el aire y el sol era de un color amarillo marrón.

Pensó en los castillos, en montañas de cristal, en el príncipe y la princesa, en los resplandecientes caballos blancos galopando entre las estrellas.

Pasó el viaje de retorno igual que el de ida: sudando abajo entre las gigantescas tuberías del propulsor estelar. Justo al otro lado de las paredes de metal latían cantidades inimaginables de energía. Y en las mismas paredes, los pequeños plasmoides crecían y crecían. El proceso era muy lento para ser apreciado a simple vista, pero si no era controlado, las incrustaciones podrían deteriorar las máquinas. Su trabajo era eliminarlos raspando. No todos servían para ser navegantes.

¿Y qué? Era un trabajo honesto. Había hecho su elección mucho tiempo atrás. Uno pasa su vida a una gravedad bien baja, acumulando años luz. Y cuando se está suficientemente cansado llega el final. Si había algún código de vida para los *pushers* era éste.

Los plasmoides eran rojos y cristalinos, en forma de lágrima. Cuando los sacaba de las paredes tenían un lado plano. Estaban llenos de una luz líquida y parecían tan calientes como el centro del sol.

Siempre resultaba duro salir de la nave. La mayoría de los *pushers* no lo hacían nunca. Algún día él tampoco lo haría.

Se paró un momento a contemplarlo todo. Era necesario dejarse penetrar pasivamente al principio, acostumbrarse a los cambios. Los grandes cambios en sí no le preocupaban. Los edificios eran tan sólo los muebles del mundo, y no le importaba cómo estuviese amueblado. Los pequeños cambios eran los que le sorprendían. Las orejas, por ejemplo. Muy pocas de las personas que veía tenían lóbulos en las orejas.

Cada vez que regresaba se sentía un poco más como un mono que hubiera caído del árbol. Alguna vez volvería para encontrar que todos tenían tres ojos o seis dedos, o que a las niñas ya no les interesaba oír.

Se detuvo, vacilante, tratando de acostumbrarse a la forma en que las personas maquillaban ahora sus rostros, al idioma que oía a su alrededor y que se parecía al español sazonado con palabras inglesas o árabes.

Agarró el brazo de un compañero de tripulación y le preguntó dónde estaban. No lo sabía. Se lo preguntó a la capitana y ésta le dijo que estaban en Argentina, por lo menos lo era cuando partieron.

Las cabinas de teléfono eran ahora más pequeñas. Se preguntó por qué. Había cuatro nombres en su agenda. Se sentó frente al teléfono preguntándose a quién llamaría primero. Sus ojos se posaron en Radiante Estrella Brillante Smith; y por eso tecléo ese nombre en el teléfono. Obtuvo un número y una dirección en Novosibirsk.

Luego, se puso a consultar el horario que previamente había tomado —había decidido no hacer la llamada—, y encontró que un transbordador salía hacia las Antípodas dentro de una hora. A continuación se secó las manos en los pantalones, respiró profundamente, y miró hacia arriba para ver la pantalla al otro lado de la cabina de teléfonos. Se contemplaron en silencio durante un momento. Ella vio a un hombre mucho más bajo de lo que recordaba, pero de complexión fuerte, con grandes manos y hombros anchos y una cara carnosa que no hubiera reconocido a no ser por los *ojos* amables. Él vio a una mujer alta, alrededor de los cuarenta, tan bella como había esperado. El roce de los años tan sólo había empezado a acariciarla. Pensó que estaba comenzando a luchar con su cintura y a preocuparse por las arrugas, pero nada de eso le importaba. Sólo le importaba una cosa y pronto tendría la respuesta.

—Tú eres Ian Haise, ¿no es verdad? —dijo ella al fin.

—Me acordé de ti por *azar* —estaba diciendo ella. Él notó la cuidadosa elección de las palabras. Podía haber dicho *casualidad*—. Fue hace dos años. Estábamos mudándonos de nuevo, y al revolver algunas cosas me encontré con el plasmóide. No había pensado en él durante... ¡Oh, deben de haber pasado unos quince años!

Él dijo algo de forma evasiva. Estaban en un restaurante, lejos de los demás parroquianos, en un reservado cerca del muro de vidrio tras el cual los navíos espaciales se movían entrando y saliendo de los hangares.

—Espero no haberte causado problemas —dijo.

Ella le restó importancia.

—Me causaste algunos, pero hace mucho de eso. No puedo seguir sintiendo rencor durante tanto tiempo. Y, a decir verdad, pienso que valió la pena.

Siguió adelante, contándole el alboroto que causó en su familia, las visitas de la policía, los interrogatorios, la confusión, la perplejidad y la impotencia final. Nadie supo qué hacer con su historia. Le

habían identificado con bastante rapidez, tan sólo para descubrir que había partido de la Tierra, y que no iba a volver en mucho, mucho tiempo.

—Yo no infringí ninguna ley —puntualizó él.

—Eso es lo que nadie podía entender. Les dije que hablamos y que me contaste una larga historia. Después me dormí. Nadie estaba interesado en saber sobre qué trataba la historia. Por eso no se los conté. Y tampoco les hablé de la Piedra Estelar —rió—. Me alegro que no me preguntaran por ella. Estaba decidida a no decirlo, pero tenía un poco de miedo. Pensaba que se trataba de los agentes de..., ¿quiénes eran los villanos en tu historia? Lo he olvidado.

—No tiene importancia.

—Supongo que no. Pero tiene que haber algo importante.

—Sí.

—Quizá puedas decirme qué es. Quizá puedas responder a la pregunta que ha estado en lo más hondo de mi mente durante veinticinco años, cuando entendí que me habías dado, simplemente, las raspaduras de un motor estelar.

—¿Sólo eso? —dijo él, mirándola a los ojos—. No me entiendas mal, no estoy diciendo que fuera algo más que eso. Sólo quiero saber si para ti fue más que eso.

—Sí, supongo que sí lo fue —dijo ella finalmente.

—Me alegro.

—Creí en aquella historia apasionante durante... Oh, años y años. Después dejé de creer en ella.

—¿De golpe?

—No, gradualmente. No me dolió mucho. Supongo que formaba parte de mi crecimiento.

—Y te acordaste de mí.

—Bueno, me costó un poco. Fui a un hipnotizador cuando tenía veinticinco años y recuperé tu nombre y el de tu nave. ¿Sabías que...?

—Sí, los mencioné a propósito.

Ella afirmó con la cabeza y volvieron a quedar en silencio. Cuando ella le miraba, él podía apreciar ahora más simpatía y no tanta cautela.

—¿Por qué? —dijo ella.

Él asintió, después miró hacia el otro lado, afuera, en dirección a las naves espaciales. Deseó estar en una de ellas acumulando años luz. Pero no le sirvió. Sabía que no le serviría. Él constituía un extraño problema para ella, algo que debía ser enderezado, un cabo suelto de su vida que la irritaría hasta quedar resuelto y poder ser olvidado después.

Oh, al infierno con todo.

—Con la esperanza de obtener un vínculo —dijo. Cuando la miró, ella hizo un gesto negativo.

—No bromees conmigo, Haise. No eres tan estúpido como parece. Sabes que debo estar casada y que tengo mi propia vida. Sabías que no iba a echarlo todo por la borda sólo por un maravilloso cuento medio olvidado de hace treinta años. ¿Por qué?

¿Y cómo podía explicarle a ella lo extraño del asunto?

—¿Qué es lo que haces? —Recordó algo y cambió la frase—: ¿Quién eres?

—Soy una misteliologista —dijo sorprendida.

—Nunca había oído hablar de eso —dijo él, extendiendo las manos.

—Lógico, no existía esa profesión cuando te marchaste.

—Bueno, ahí está —dijo, y se sintió de nuevo desamparado—. Obviamente no tengo ninguna manera de saber lo que has hecho, en qué te has convertido, qué es lo que te ha sucedido y qué es aquello sobre lo que no has tenido ningún tipo de control. Todo lo que pretendía con mi juego era que te acordaras de mí. Porque de esta manera...

Vio de nuevo el planeta Tierra a través del mirador de la nave. Tantos años transcurridos en sólo seis meses. Un planeta repleto de extraños. No le preocupaba que Amity estuviera repleto de extraños, pero la Tierra era su casa, si esa palabra tenía todavía algún significado para él.

—Quería tener a alguien de mi edad con quien poder hablar —dijo—. Eso es todo. Todo lo que deseo es amistad.

Se dio cuenta que intentaba comprender lo que debía ser aquello. No podría, pero quizá se había acercado lo suficiente como para pensar que lo comprendía.

—Quizá la hayas encontrado —dijo, y sonrió—. Por lo menos desearía llegar a conocerte, teniendo en cuenta el interés que pusiste en ello.

—No fue demasiado difícil. A ti te parece algo planeado a muy largo plazo, pero para mí no lo es. Te tuve en mi regazo hace tan sólo seis meses.

—¿Cuánto tiempo vas a quedarte? —preguntó ella.

—Dos meses.

—¿Querrás venir a vivir con nosotros mientras tanto? Tenemos una habitación libre en casa.

—¿Le importará a tu marido?

—Ni a mi marido ni a mi esposa. Están sentados aquí al lado, pretendiendo ignorarnos.

Ian se volvió para encontrarse con la mirada de una mujer de casi treinta años. Estaba sentada frente a un hombre de la edad de Ian. Éste se dio la vuelta y le miró con cierto recelo pero sin hostilidad. La mujer sonrió, el hombre se reservó su juicio.

Radiante tenía una esposa. Bien, los tiempos cambian.

—Aquellos dos con camisa roja son policías —estaba diciendo Radiante—. Y aquel hombre apoyado en la pared, y aquel otro al final de la barra.

—Me había fijado en dos de ellos —dijo Ian. Cuando ella pareció sorprenderse, el dijo—: Los policías tienen siempre un aire especial. Es una de las cosas que no cambian.

—Has viajado mucho, ¿no es así? Apuesto a que conoces algunas historias excelentes.

Ian pensó en ello y acabó confiando.

—Alguna, supongo.

—Diré a los policías que pueden marcharse. Espero que no te importe que los haya hecho venir.

—Claro que no.

—Lo haré, y después podremos irnos. Oh, creo que llamaré a los niños para decirles que estaremos pronto en casa —ella soltó una carcajada, y alzó su mano a través de la mesa—. ¿Te imaginas lo que puede ocurrir dentro de seis meses? Tengo tres hijos y Gillian, dos.

Él levantó la cabeza interesado.

—¿Alguna niña?

FIN

(1) **Pusher** es quien lleva una iniciativa (en muchos casos, proveedor de drogas o de algo prohibido) como forma de vida y (2) **Puller** es quien se deja llevar o manipular.

Libros Tauro